

EL HILO DE ARIADNA. CUESTIONES ACERCA DE LA INTERPRETACIÓN Y DE LA SOBREINTERPRETACIÓN

Diego Rosales Galiñanes
Santiago de Compostela

1.- EL LABERINTO DE LA INTERPRETACIÓN.

Los problemas se resuelven o se eliminan. En su consideración intelectual es evidente que el mejor de los caminos es el primero. La supresión del problema es correlato de la incapacidad del investigador para hallar una solución adecuada. La mayor parte de las veces ocurre que las cuestiones no pueden resolverse por las dificultades originadas en una mala formulación de las mismas; esto las hace inmanejables para el trabajo desde el comienzo.

De seguir la receta con una claridad suficiente diremos que nuestra dificultad estriba en esclarecer la relación que existe entre la interpretación y la sobreinterpretación. Más concretamente interesa saber qué es lo que hace a una interpretación legítima para posteriormente intentar hallar un criterio o indicación alguna que nos permita identificar con fiabilidad las interpretaciones que son malas o deficientes para un texto dado, es decir, que son sobreinterpretaciones del mismo.

En el proceso filosófico normal deberíamos cercar nuestro campo de estudio para centrar al lector y, antes de nada, situarnos nosotros mismos en el problema. La demarcación del ámbito de estudio pasa siempre por el esclarecimiento del objeto del que se habla por medio de una definición. Sin embargo cualquiera que haya llevado a cabo una labor filosófica sabe lo difícil que es dar una verdadera definición de un objeto, esto es, una definición real. Siempre se suele vulnerar una de las dos reglas básicas de la teoría de la

definición y ora formulamos una definición demasiado amplia, ora postulamos una demasiado reduccionista. En [Rosales 1997] se vió lo tortuoso de este camino y se optó por una definición operativa. El criterio para elegir este tipo de definición fue un criterio pragmático; para completar la investigación y por el interés que podían tener las conclusiones de la misma se manejó una definición que analizada *cum grano salis* era incorrecta. Si el objeto a delimitar era en aquel entonces fácil para una designación ostensiva y aún así nos vimos envueltos en todas esas dificultades, ¿qué no ocurrirá ahora que intentamos centrar un término máximamente teórico y cargado de notas sémicas por la tradición como “interpretación”? Tópicamente podríamos utilizar la socorrida frase de que: “el trabajo que llevaría consigo la definición de “interpretación” daría para un extenso volumen”, pero sería escapar al peligro cerrando los ojos, confiando en que éste desaparezca por sí solo.

También podríamos darnos una tregua y con amabilidad seguir el sabio consejo de K. Popper y aprender nuestro objeto según lo vamos construyendo. *A interpretar se aprende interpretando*. Lo cierto es que la oración misma asemeja un trabalenguas. A buen seguro, se necesitan unas mínimas pistas heurísticas para comenzar la faena.

Con buen humor podemos equiparar nuestro problema con el que que el anciano Gordius presentó a Alejandro Magno en Frigia en el 333 a. C.: el problema del nudo gordiano. Desgraciadamente, nuestro premio de resolverlo no será la conquista de Asia. En aquel entonces el macedonio se basó en una desviación del enunciado del problema para solucionarlo. Así, utilizó la polisemia de “deshacer” para cortar el nudo en vez de desenredarlo. Pero aunque el bueno de Alejandro inventó la ciencia de la creatividad con su acción habríamos de ser muy aprobatorios para concederle que la consumación de la misma correspondía con lo que el anciano tenía en mente. Si nos atrevemos un poco podemos intentar establecer una analogía entre nuestro ejemplo y la labor interpretativa: pongamos un texto en el lugar del nudo, al autor en el lugar de Gordius, y, por último, al intérprete en lugar de Alejandro; y una vez hecha la sustitución formulémonos dos cuestiones: ¿resuelve el intérprete su problema con el mismo grado de acierto que Alejandro? ¿Cuánta distancia hay en la solución entre la intención, el problema y la labor interpretativa?

La contestación que se proponga a la primera pregunta será decisiva en la actitud que se tomará en lo sucesivo. Contestar afirmativamente es decir que existe un gran componente de ficción en la exégesis del texto, es afirmar que

el intérprete es “creativo” con el peso que esto acarrea en medidas de coherencia al sentido original del autor al texto o al sentido del texto sin más. Responder negativamente puede ponernos en el brete de suponer que el intérprete está en un laberinto del que no puede salir al no poder desasir las partes del nudo. Ficción o impotencia, realmente éste es un buen dilema y volveremos sobre él en el próximo punto.

La segunda cuestión ya entra de lleno en nuestro tema principal al ponernos en contacto con las relaciones existentes en la terna formada por la *intentio auctoris*, la *intentio operis*, y la *intentio lectoris*. Esta cuestión es la principal de nuestro escrito y por esto no nos detendremos en ella demasiado en esta parte introductoria. Tan sólo dejar presentes dos ideas: primera, en la tradición hermenéutica se ha tendido a prescindir de la *intentio auctoris* como algo poco importante e incluso irrelevante [Eco, 1997], no obstante, segunda idea, prescindir de ésta nos puede llevar a plantear una grave cuestión, ¿cuál es el grado de competencia lectora de un intérprete? De otra forma, ¿cuánta fe debemos depositar en su trabajo?

El alcance práctico de nuestras dudas es grande si tenemos en cuenta que la mayor parte de la labor de un filósofo bien como investigador, bien como docente está centrada en la interpretación de textos. De esta forma se puede dar como dato manifiesto que el examen de selectividad de la materia de filosofía gira en torno a la correcta interpretación por parte del alumno de un texto propuesto. Es legítimo -urgente, si cabe- preguntarnos por cuáles son los criterios que se utilizan para evaluar ese tipo de pruebas; como también es legítimo preguntarse por el método de enseñanza de la filosofía¹.

2.- ¿DÓNDE ESTÁ EL HILO DE ARIADNA?

Una de las metáforas más incisivas y hermosas para reflexionar sobre el tema que nos ocupa es la del mito del Minotauro. El héroe, Teseo, es ence-

¹ Esta urgencia está marcada perfectamente en el libro del profesor Carlos Baliñas Fernández *Filosofía y vida cotidiana. Un diccionario para la Torre de Babel* al demandar el estudio serio de cómo se construyen los cuerpos doctrinales de filosofía. La premura de esta obra está en la aplicación pedagógica de la misma: es la diferencia entre que los alumnos reciban libros y artículos acabados e interpretaciones magistrales y se sientan abandonados ante la interpretación de los mismos; y que conozcan las reglas por las que se han producido tales libros y artículos más las directrices correctas para su interpretación

rrado a su suerte con la bestia en un intrincado laberinto por Minos, rey de Creta. Sólo logra salir del apuro con la ayuda de su enamorada Ariadna que entra en el laberinto dejando un hilo tras de sí para más tarde encontrar el camino de salida. Ciertamente, Ariadna refleja buen juicio al tener un sistema de control sobre sus propios actos. En la exégesis de textos nos encontramos a menudo en la situación de que disfrutamos de nuestra labor como el cazador de su deporte en la imagen que Locke nos cuenta en su *Ensayo sobre el entendimiento humano*; sin embargo, la fruición del deporte no es más que la consecuencia del aprendizaje de unas reglas –en este caso las reglas de la particular aventura cinegética narrada por el inglés- y no una actividad arbitraria. Además la responsabilidad del deporte para con los otros jugadores implica la correcta aplicación de esas normas. La pasión no es una consejera adecuada en la labor científica.

Desde el Renacimiento existe la vieja idea de que el conocimiento es ficción. Fingimos el mundo a través de nuestro acercamiento para conocerlo. En principio, crear modelos epistémicos del mundo es siempre interesante, puesto que ninguna idea debe ser desechada. Una concepción *a priori* no interesante para nosotros puede serlo para otra persona. En este sentido, el interés siempre dependerá del problema a resolver: si tenemos que recorrer la distancia entre dos ciudades nos servirá la geometría euclidiana que estudiamos en la escuela, si queremos enviar a alguien a la luna tendremos que optar por otra geometría so pena de realizar un experimento tan ingenuo como Julio Verne en *De la Tierra a la Luna*.

Esta idea del conocimiento como ficción tiene en muchas de las obras del círculo hermenéutico un buen exponente. Lejos de los métodos de la filosofía, quizás por el poco éxito obtenido con los mismos hasta el momento, el filósofo crea y se re-crea en el texto filosófico. El texto en forma de discurso es la unidad básica para el acercamiento a los problemas de la filosofía y para el autoconocimiento del autor que saca a la luz los pre-juicios de los que habla Gadamer. Casi podríamos decir con S. García [García 2000] que la filosofía hermenéutica ha hecho suya la creación como vía de acceso epistemológica a los problemas que enfrenta. Frente a las vías tradicionales como los sentidos o la razón lógica una suerte de introspección creativa asemeja ser el camino seguido en la exploración de los problemas filosóficos tomando como base el texto. En este lado estarían los deconstruccionistas y concepciones como la de Ch. Brooke-Rose del texto “palimpsesto”.

Nada hay que objetar a esta forma de hacer filosofía si con terquedad aristotélica no insistimos en que la filosofía tiene una función epistémica en su relación con el mundo. Si lo hacemos entonces nos encontramos en que para el trabajo concreto que es la interpretación de textos hemos dejado de tener las valiosas tablas de presencia, ausencia y mutación de Bacon. Más aún, desoídos los avisos de este filósofo hemos alzado a los *idola* a rango de objeto de estudio. Los problemas de la filosofía respecto al texto parecen ser ante todo problemas de medida.

En su libro *Los límites de la interpretación* Eco nos cuenta cuáles son a su parecer los criterios que pueden funcionar como jueces de la interpretación. Eco cita tres criterios, a saber: el criterio de economía, el sentido común y la opinión de la comunidad de especialistas. A estos tres suma una variación del tercero en otra de sus obras, *Interpretación y sobreinterpretación*: que es el “darwinismo cultural” respecto de la comunidad relevante. Este principio indica que unos textos demuestran su adaptación o satisfacción respecto de una comunidad lectora competente a lo largo del tiempo; otros son relegados al olvido. El propio Eco reconoce de forma simpática en la anécdota de Wilkins sobre el indio y los higos con la que comienza su libro sobre los límites de la interpretación que esos tres criterios no son los mejores sino que son los únicos. Y, sin embargo, no son, en forma alguna, suficientes, cuando es posible entender una nota de la compra como un mensaje militar secreto. La lectura es limitada a buen seguro por el lector con su concepción de lo “interesante”, por las posibilidades del propio texto y por el contexto de autor y texto. Pero esto no es suficiente, ya que como cuenta en el *Discurso del método* irónicamente Descartes, el sentido común es la cosa mejor repartida del mundo; el principio de economía rara vez se aplica – los filósofos son dados a habitar en nuevos e interesantes vocabularios como indica R. Rorty- y la comunidad de especialistas como el propio autor en su intención pretextual sólo puede descalificar algunas lecturas. Estos tres criterios no parecen suficientes para poder solucionar el problema de medida que nos plantea la interpretación textual respecto a su lectura.

Recordando la concepción antropológica del lenguaje de Lakoff y Johnson en su libro *Metáforas de la vida cotidiana*, podemos establecer la diferencia entre interpretación y sobreinterpretación y la problemática relación entre ambas. Si tomamos las imágenes de una línea vertical y una línea horizontal podemos decir que una posibilidad es que una lectura esté lejos –en distancia- en el sentido de una línea horizontal porque no es todo lo atinada

que debiera. En este sentido el lector dispara la flecha y da en la puerta y, como indica Aristóteles en su *Metafísica*, su intento tiene siempre valor. Otra imagen muy distinta es la de aquél que está por encima –consciente de lo que hay debajo- y distorsiona el texto en su lectura. El primer caso podría ser el del científico en ese estadio primero metafísico que señala Popper en su *Lógica de la investigación científica*; el segundo la búsqueda de aves del paraíso de Rossetti en su lectura de Dante. Así pues, la sobreinterpretación se plantea como un abuso respecto del texto dado, bien de forma intencionada, bien por alejamiento del investigador respecto de su objeto.

Lo grave de las sobreinterpretaciones, excepto por los criterios señalados anteriormente, es que no existe forma alguna de discriminarlas. La dialéctica existente entre la intención pre-textual del autor, la intención de la obra misma y la intención del lector se disuelve en la oscuridad de una teoría que se encuentra en un estado inmaduro. Se necesita un armazón más robusto para dar cuenta del problema de la sobreinterpretación. De no elaborar mejor esa teoría daremos una solución que tenga mucho de eliminación como fue la de Alejandro a Gordius. La hermenéutica ha esbozado las nociones clave de su propia teoría y apuntado relaciones entre esas nociones que son interesantes, pero no ha logrado la claridad precisa entre ellas para que, usando una imagen de Quine, toquen al menos en la periferia la realidad del texto.

El problema al que se enfrenta la hermenéutica es un problema de naturaleza poética, de producción. La hermenéutica debe interpretar los textos y a través de la enseñanza de ese ejercicio exegético mostrar al aprendiz el arte – la técnica- que se encuentra detrás de esta labor. Sólo de esta forma la filosofía recuperará su método y su objeto que es ante todo enseñar a pensar.

3.- A MODO DE CONCLUSIÓN.

Es en el Renacimiento donde comienzan las necesidades de autocontrol de la actividad filosófica y científica. El filósofo, como el mago, es ministro de la naturaleza, pero a la vez que sirven, aprenden a dominar. Esta concepción de la filosofía, cuyo mayor exponente es sin duda F. Bacon, nos presenta de modo incipiente a la filosofía como profesión. Una profesión es siempre el resultado de un aprendizaje gremial que debe terminar en una obra maestra. Ya en nuestros días la filosofía es una realidad institucional y profesional y sin embargo ha perdido su carácter gremial – aunque quizás sí haya ganado en gregarismo. El aprendiz de alfarero termina haciendo jarrones, el

aprendiz de filósofo es dudoso que termine elaborando textos filosóficos. El primer problema es ya la discusión sobre qué es un texto filosófico ¿Un texto es filosófico por su tema, por su autor, por su forma de redacción, por el protocolo de su razonamiento,...etc.?

Dentro del contexto concreto de la interpretación de textos indicar la necesidad de procedimientos de producción y lectura puede sonar a los esquemas heurísticos que se le enseñan a los adolescentes en las escuelas, o puede pensarse que los caminos de la filosofía ya no van por esos derroteros. Quizás optar por una nueva “burocratización” de la actividad interpretadora nos traiga a la memoria caminos ya andados sin un fruto excesivo, pero es desde luego un reconocimiento a la filosofía como labor epistemológica. En otras palabras, es el reconocimiento de la filosofía como actividad científica. La actividad científica requiere de control de resultados y criterios específicos para su desarrollo. La evidencia de la necesidad de estos protocolos está en el problema de la producción, ya que, como expresa R. Nozick en su libro *La naturaleza de la racionalidad*, los alumnos están abandonados a inventar por simulación la forma de hacer filosofía de sus maestros.

BIBLIOGRAFÍA

- ECO, U.: *Interpretación y sobreinterpretación*. Cambridge University Press, Madrid, 1997.
- ECO, U.: *Los límites de la interpretación*. Lumen, Barcelona, 1998.
- ECO, U.: *Lector in fabula*. Lumen, Barcelona, 1999.
- ROSALES, D.: *La estructura del gusto*. Memoria de licenciatura, Universidad de Santiago de Compostela, 1997.